

EL CAMPESINADO EN MÉXICO DOS PERSPECTIVAS DE ANÁLISIS

*Kirsten de Appendini, Marielle Pepin-Lehalleur,
Teresa Rendón y Vania A. de Salles*

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS

Prólogo

Introducción

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX



EL COLEGIO DE MÉXICO

MÉXICO EN MÉXICO
ANÁLISIS

ÍNDICE

Presentación 9

I

LAS UNIDADES DOMÉSTICAS CAMPESINAS Y SUS ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN

| | | |
|----------|--|-----|
| Capítulo | I. Reproducción del capital, reproducción de las unidades domésticas campesinas y diferenciación social | 15 |
| Capítulo | II. Organización familiar del trabajo y estrategias de reproducción; las unidades domésticas en el espacio local | 19 |
| Capítulo | III. Introducción al análisis de la encuesta | 33 |
| Capítulo | IV. Ignacio López Rayón, Durango | 47 |
| Capítulo | V. Eloxochitlán de Flores Magón, Oaxaca | 67 |
| Capítulo | VI. Colonia Francisco Sarabia, Chiapas | 85 |
| Capítulo | VII. Comparación entre los tres pueblos | 97 |
| Anexo | | 113 |

II

CRECIMIENTO ECONÓMICO Y CAMPESINADO: UN ANÁLISIS DEL EJIDO EN DOS DÉCADAS

| | | |
|--------------|--|-----|
| Introducción | | 129 |
| Capítulo | VIII. Redefinición de la Reforma Agraria | 135 |
| Capítulo | IX. Desarrollismo y la cuestión agraria en las décadas 1950-1960 y 1960-1970 | 147 |
| Capítulo | X. La tierra campesina: descripción del reparto agrario | 173 |
| Capítulo | XI. Ocupación | 183 |

Primera edición: 1983
Primera reimpresión: 1985
DR © 1983, El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
10740 México, D.F.
Impreso en México — *Printed in Mexico*
ISBN 968-12-0221-X

| | |
|---|-----|
| Capítulo XII. Recursos de capital, crédito e insumos en los ejidos | 197 |
| Capítulo XIII. La producción agrícola y la importancia del campesino como productor | 217 |
| Observaciones finales | 249 |
| Apéndice I. Consideraciones sobre los censos agrícola, ganadero y ejidal de 1960 y 1970 | 255 |
| Apéndice II. Cuadros estadísticos | 271 |

PRESENTACIÓN

Los dos trabajos que se presentan en este libro se inscriben en la corriente de discusión suscitada en México a partir de los años setenta acerca de la permanencia de la economía campesina y de su relación con el desarrollo del capitalismo en este país.

Para abordar el estudio de los procesos de transformación del campesinado, hemos elegido dos perspectivas de análisis que pretenden encontrar elementos explicativos de su dinámica en la evolución reciente del ejido y en las formas organizativas que despliegan las unidades domésticas.

El trabajo "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción" de M. Pepin-Lehalleur y Teresa Rendón, analiza los mecanismos que ponen en juego las familias campesinas para lograr su reproducción como unidades de producción y consumo en la situación de desventaja sistemática que sufren frente a la competencia capitalista.

El análisis de una encuesta realizada en tres pueblos campesinos de diferentes zonas del país permite afirmar que las unidades domésticas aprovechan las posibilidades que les ofrece su forma de organización familiar de intensificar su trabajo para responder a las presiones a las que se ven sometidas: la necesidad creciente de acudir al mercado para satisfacer su consumo, la limitación de sus recursos productivos y el intercambio desfavorable en todas las transacciones que realizan.

En estas condiciones, la diversificación de las actividades de la unidad permite que la fuerza de trabajo familiar desarrolle su capacidad productiva a pesar de las restricciones que la insuficiente disponibilidad de medios impone a cada actividad por separado. Tal diversificación implica a menudo trabajar para otros por un salario, aunque esta posibilidad encuentra sus limitaciones en el tamaño y las exigencias del mercado de trabajo.

Las oportunidades productivas de las unidades campesinas están definidas por las características del espacio local —natural, social y económico— en que se encuentran insertas. Al conformar el marco concreto de las relaciones que establecen las unidades y de su acceso diferenciado a los medios de producción, este espacio local se convierte en el ámbito más inmediato de los procesos sociales que se generan entre los campesinos.

La comprensión cabal de los procesos de homogeneización o diferenciación campesina exige entonces que se analice, en cada caso, este campo de la interacción entre las unidades domésticas, aunque el sentido último que cobran tales procesos en el desarrollo del capitalismo, debe interpretarse a la luz de la dinámica de la estructura agraria nacional.

En el trabajo "Crecimiento económico y campesinado: un análisis del ejido en dos décadas" de Kirsten A. Appendini y Vania Almeida Salles se analiza la situación del campesinado desde la perspectiva de su inserción en el proceso de desarrollo económico contemporáneo. Al tomar tres períodos de referencia para el estudio (1950, 1960 y 1970) se pueden captar algunas tendencias globales donde la industria aparece como el eje de la acumulación de capital, y también los cambios que se introducen tanto en la economía campesina como en el conjunto de la estructura agraria.

La expansión y reproducción del campesinado actual se ubica en el contexto del reparto agrario, por lo cual se privilegia el estudio del campesinado ejidal. Su situación expresa las contradicciones de la Reforma Agraria que, en el marco de la industrialización capitalista, acaba por negar el proyecto de desarrollo del campo apoyado en los productores campesinos.

En consecuencia, la transformación del campesinado durante el período de acelerado crecimiento económico que hubo en México de 1950 a 1970, se traduce en un proceso de deterioro de las bases productivas y en la asignación de un espacio limitado dentro del contexto económico nacional, que ha llevado a la diferenciación interna de los productores agrícolas y de los campesinos en particular, cuyas consecuencias desembocaron en la crisis agrícola de los años setenta.

El texto intenta reconstruir la situación del campo, en base a la investigación de fuentes secundarias y a la revisión de trabajos ya elaborados sobre el período, teniendo siempre la preocupación de abordar los problemas agrarios desde el marco del crecimiento global de la economía.

Aunque cada una de las investigaciones se desarrolló en forma relativamente autónoma, son producto de un esfuerzo colectivo que se ha concretado en etapas de trabajo en común, en un constante intercambio intelectual en el seno de nuestro equipo y en fructíferas discusiones en el Seminario sobre Cuestiones Agrarias que, desde hace varios años, se lleva a cabo en El Colegio de México.

Las autoras agradecen las observaciones y comentarios críticos de los compañeros que participan en dichas discusiones, en especial los de Mario Margulis.

M. Pepin-Lehalleur y Teresa Rendón agradecen a Hugo Zemelman, Adam Przeworski y Nguyen Huu Dong sus útiles sugerencias; a Rosa Ma. Rubalcava, Virginia Levin y Celia Maciel su ayuda en el procesamiento de los datos de la encuesta; y a Gisela Landázuri y Teresita García, su colaboración en la sistematización de los resultados.

El trabajo de Kirsten Appendini y Vania Almeida Salles constituye el informe final del proyecto *Estudio de la estructura agraria en base al análisis de los datos censales*. En diferentes etapas de la investigación se contó con el apoyo y estímulo de Rodolfo Stavenhagen, Nelson Minello, Fernando Cortés y Rosa María Rubalcava quienes hicieron comentarios muy valiosos al texto. Rebeca Becerril participó en la elaboración de los cuadros estadísticos. Se terminó de redactar en abril de 1981.

I

**Las unidades domésticas campesinas
y sus estrategias de reproducción**

*Marielle Pepin-Lehalleur
Teresa Rendón*

Capítulo I

REPRODUCCIÓN DEL CAPITAL, REPRODUCCIÓN DE LAS UNIDADES DOMÉSTICAS CAMPESINAS Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL

La cuestión de la permanencia de la economía y la sociedad campesinas se ha planteado de manera predominante dentro de un esquema de *transición*, asimilándose tendencialmente la transformación del campesinado a su descomposición e incorporación en las dos clases fundamentalmente antagónicas del capitalismo.

Abordar este problema en términos de las tendencias del capital a absorber, destruir, transformar o *funcionalizar* los sectores no capitalistas de la economía tiene el mérito de obligarnos a un cuestionamiento de las relaciones entre desarrollo agrícola e industrial; lleva a reflexionar sobre el concepto de *modelo de acumulación*, sobre la convergencia y la disparidad de los intereses capitalistas, sobre el posible papel del Estado en su hegemización, etc.; en suma, abre la puerta para un estudio de los recursos de que dispone el capitalismo como sistema social para perpetuarse y expandirse y, en particular, permite abordar de manera dinámica las relaciones que éste establece con el campesinado.

Esta perspectiva, ciertamente, es la de la fuerza dominante de nuestra sociedad y adoptarla tiene por este mismo hecho un valor heurístico particular. Pero sólo permite plantear en toda su complejidad los problemas que tienen inmediata relevancia para la reproducción capitalista, proporcionando, en cambio, escasos instrumentos analíticos a quien busque interpretar los fenómenos que ocurren entre los campesinos.

Más aún, la preocupación por encontrar en el desarrollo histórico real una ejemplificación de las tendencias imputadas por lógica al proceso de expansión del capitalismo ha conducido a menudo a reducir al campesinado a una categoría residual cuya existencia concreta aparece, según los contextos, como un legado del pasado o como una anomalía producto de la aberración del capitalismo dependiente.

En busca de una alternativa que ofrecer a esas teorías, se han centrado los esfuerzos en aquellos hechos y argumentos que permitan entender la reproducción campesina como expresión y resultado de contradicciones y necesidades inherentes al capitalismo, orientando algunos su reflexión hacia el plano abstracto de las leyes generales, y enmarcándola otros —más

acertadamente a nuestro juicio— en un intento de explicar teóricamente situaciones históricas determinadas.

Esta búsqueda ha suscitado una rica discusión alrededor de conceptos clave tales como la renta del suelo o el proceso de subsumción del trabajo al capital, sugiriendo nuevos focos de interés y cuestionamiento para estudios concretos de la realidad agraria.

Poco se ha hecho, sin embargo, por incorporar en la argumentación teórica las variadas formas sociales, económicas y políticas que asume la reproducción de las unidades domésticas campesinas, aunque se reconoce ampliamente que sus rasgos organizativos particulares hacen posible o acrecientan la extorsión económica que el capital impone a los pequeños productores. Tal reconocimiento no pasa, por lo general, de ser meramente referencial y descriptivo: se otorga todo el peso teórico a formas privilegiadas, casi autónomas las unas respecto de las otras, de la vinculación campesina con el mercado (venta de productos agrícolas, venta de fuerza de trabajo, incorporación en procesos agroindustriales, etc.) y no se llega a constituir a la unidad doméstica en el verdadero agente social de la inserción campesina en el sistema.

A falta de esta instancia analítica en la que se pueden distinguir y conjugar los distintos atributos y prácticas del campesinado, éste queda desarticulado, y difícil de aprehender analíticamente, entre su unicidad como objeto de la explotación capitalista y la heterogeneidad y las paradojas de las situaciones individuales.

La poca atención prestada a la unidad doméstica campesina por parte de los autores que plantean la cuestión del lugar de la forma de producción de la clase campesina en el capitalismo, parece revelar menos una negligencia que el temor de sufrir las limitaciones que se autoimponen los estudios de la especificidad campesina. En efecto, al igual que los que reducen lo campesino a algo anacrónico, quienes visualizan a la unidad campesina como el reducto de lo específico, de lo no capitalista, la constituyen por ese mismo hecho en un objeto autocontenido cuya relación con su medio ambiente se convierte necesariamente en un vínculo externo; se define al objeto y se le encierra en una caracterización formal antes de analizar y cuestionar el sentido de sus atributos concretos, dejando fuera de lugar toda pregunta acerca de su historicidad. Ambos enfoques impiden conceptualizar las relaciones que las unidades domésticas establecen entre sí y con el capital y, al considerar al campesinado como una sumatoria de individuos o de aglomerados sociales de peculiar estructura suspendida en el tiempo, se muestran incapaces de plantear teóricamente el proceso de su transformación.

◀ Iniciamos, por el contrario, nuestra reflexión con una búsqueda de las correspondencias que pueden establecerse entre las obligaciones económicas y sociales que el sistema capitalista impone a las unidades domésticas y las variadas formas organizativas que éstas implementan para asegurar, en esas condiciones, su producción y su reproducción.

Si bien las características particulares que asume el desarrollo capitalista en determinada situación histórica y la interacción de las fuerzas sociales que conforman la sociedad nacional delimitan globalmente el territorio físico y el espacio económico en el que se desarrolla una economía campesina, el elemento activo que permite dar cuenta de la existencia real de esta economía y de su dinámica debe ser buscado en las relaciones sociales que movilizan las energías y los recursos campesinos.

◀ Tales relaciones, que se establecen entre los miembros de las unidades domésticas sobre la base de los lazos de parentesco, activan los principios de interdependencia y solidaridad familiar alrededor de las acciones necesarias para su sobrevivencia. Esta tiene por condición concreta la común explotación del patrimonio familiar, y el traspaso de las responsabilidades y de los derechos jurídicos y económicos de una generación a otra junto con la gradual transmisión de los conocimientos necesarios para asumirlos.

A diferencia del proletario enajenado, es esta identificación del productor con sus medios de producción la que constituye la forma específica de compulsión que lo obliga a trabajar y ella lleva incluso a la unidad doméstica a generar y transferir sobretrabajo para hacer frente a sus necesidades reproductivas.

En efecto, en el contexto capitalista que hace de la propiedad privada la base del monopolio, la propiedad campesina juega a la vez un papel de baluarte contra la competencia y las tendencias al acaparamiento, y somete a las unidades domésticas a esta competencia en estado de desventaja. Las condiciones en las que producen las unidades campesinas son sistemáticamente inferiores a las de las empresas que pueden absorber los avances tecnológicos y aprovechar la expansión de la infraestructura y las nuevas oportunidades productivas que el desarrollo económico trae consigo. Para las unidades campesinas, este proceso técnico y económico se traduce en el ensanchamiento de la brecha que las separa de sus competidoras, y afianza cada vez más su dependencia del mercado.

◀ La obligación de acudir al mercado para comprar los bienes que requieren la sobrevivencia familiar o la reanudación del ciclo productivo, y para vender los productos que generarán los ingresos necesarios, redundando tanto en una limitada capacidad de negociación en el momento de realizar las transacciones como en el estrechamiento de la base material de reproducción de las unidades. En esta situación, la intensificación del esfuerzo de trabajo familiar, que la vinculación de las unidades campesinas a los medios de producción hace posible, se traduce en un mayor flujo de mercancías intercambiadas en el mercado y en la entrega de una mayor cantidad de trabajo que no recibe remuneración.

La unión del productor campesino y de sus medios aparece así en una doble función de generadora de trabajo y de plustrabajo.

La relación de propiedad campesina es también la expresión concreta del origen social común de los grupos campesinos, anclados en un territo-

rio y en una comunidad, y el germen de sus contradicciones internas. Los distintos patrimonios familiares alrededor de los cuales se articulan las estrategias de reproducción de las unidades domésticas constituyen el principal factor limitante de las oportunidades económicas de las familias vecinas, y de la forma y la intensidad que cobren las relaciones que se establecen entre ellas dependerá que se agudicen o se moderen las contradicciones en el seno de la comunidad.

La instalación de un posible proceso homogeneizador o diferenciador del espacio local quedaría, sin embargo, visualizada en forma parcial si nos limitáramos al examen de las relaciones sociales internas y de su dinámica propia. La inserción de las unidades campesinas en el sistema capitalista rebasa ampliamente sus nexos inmediatos; sería preciso remontar hasta sus raíces en la racionalidad y el funcionamiento de este sistema y preguntarnos acerca de las relaciones propiamente políticas que enfrentan a las distintas fuerzas sociales, para interpretar cabalmente el significado de los procesos que se generan en el marco local.

Aparece entonces como una perspectiva analítica atractiva el intento de precisar y conceptualizar las conexiones que se pueden establecer entre las dinámicas de la unidad campesina, de la comunidad local y del campesinado.

Partimos, en este trabajo, del análisis de las relaciones sociales que movilizan el trabajo campesino en el seno de las unidades domésticas, y de la dinámica que el ejercicio de estas relaciones engendra entre unidades que pertenecen a un mismo ámbito comunal.

No abordamos el tema de la dinámica del campesinado en su conjunto, por no haber llegado aún a esta etapa de elaboración teórica y porque intentarlo ahora, sin disponer de datos empíricos suficientes, nos habría obligado a renunciar a nuestro propósito de apoyar siempre nuestras indagaciones teóricas en una información sistematizada.

Capítulo II

ORGANIZACIÓN FAMILIAR DEL TRABAJO Y ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN; LAS UNIDADES DOMÉSTICAS EN EL ESPACIO LOCAL

En términos aún abstractos afirmábamos, en las páginas anteriores, la necesidad de adoptar la perspectiva de la reproducción campesina para formular, de manera coherente, preguntas significativas acerca de la explotación del campesinado por el capital, de los procesos de diferenciación social en el seno de las comunidades campesinas y de las estrategias desplegadas por las unidades domésticas campesinas.

1) Un ejemplo concreto permitirá ilustrar esta exigencia: la venta de una parte de la fuerza de trabajo familiar, paralelamente a la producción por su cuenta, es una forma recurrente del desempeño económico de las unidades campesinas, en particular en México. Muchos estudios tienden a contraponer estos dos tipos de actividades, considerándolas antitéticas o cuando menos mal apareadas: se interpretan, sea como los dos polos opuestos de un proceso de polarización social del campesinado que, a largo plazo, conducirá a éste a su desaparición, sea como una situación permanente pero atípica, producto de la anormalidad y de las carencias del desarrollo capitalista dependiente.

En ambos casos, se elige unilateralmente la perspectiva capitalista para interpretar el fenómeno. Su caracterización como una "doble explotación" del trabajo campesino se justifica en la práctica por las funciones que viene a cumplir la economía campesina en el abastecimiento de fuerza de trabajo, por un lado, y de materias primas y bienes-salario, por el otro, con el argumento lógico, pero no siempre debidamente demostrado, de que el capital sólo encuentra útiles —e impone— relaciones que establecen un intercambio desigual a su favor.

Sin embargo, reconocer esta evidencia no nos basta para explicar por qué y cómo se puede generar este tipo de situación, y menos aún para pronosticar su posible o probable evolución.

Si, ahora, se adopta analíticamente el punto de vista de las unidades campesinas, su doble carácter de vendedoras de productos y de fuerza de trabajo aparece reflejando a la vez su modo particular de organización fundado sobre la articulación orgánica de sus recursos productivos, y la situación de dependencia económica que las obliga a buscar fuentes de ingresos en cuanto mercado les sea accesible.

El concepto de explotación de la clase campesina por el capital carece de contenido real si se ignora este nudo crítico que conforman la situación de las unidades campesinas y su organización productiva, o si se parcelan los componentes de esta última. Tal explotación aparece, en cambio, como el ineluctable corolario del desempeño de unidades cuya existencia y reproducción dependen, al menos en parte, de un aprovisionamiento externo, y que se ven compulsivamente llevadas por la escasez de sus recursos a desplegar sus actividades en múltiples direcciones y a someterse a las condiciones adversas del mercado capitalista.

La intensificación de su trabajo y la diversificación de actividades permiten que la fuerza de trabajo familiar desarrolle su capacidad productiva a pesar de la insuficiencia de medios para explotar en cada actividad por separado. Aun cuando esta estrategia contribuye a reproducir las condiciones desventajosas de la participación campesina en los distintos mercados (de bienes, de dinero, de trabajo), las unidades de producción aprovechan así las posibilidades que les ofrece su naturaleza familiar, en un intento por superar su debilidad intrínseca en el seno del sistema capitalista y por asegurar su sobrevivencia.

En efecto, a la creciente limitación cuantitativa y cualitativa que padece el campesinado en su acceso a los recursos naturales (tierra, agua, bosques), se suman su *hándicap* tecnológico también creciente y la falta de crédito, condiciones todas que encuentran su lógica consecuencia en la obtención de una mínima remuneración para el trabajo desarrollado, cuando los productos se presentan en el mercado.

Sobre todo, la poca capacidad de negociación que sus deficientes condiciones productivas otorgan al campesino aparece, en una perspectiva histórica, determinada por la obligación apremiante con la que tiene que vender algo para obtener ingresos monetarios y cubrir rubros indispensables para la sobrevivencia de su familia: con la separación cada vez más radical que el desarrollo capitalista ha ido imponiendo a las ramas agrícolas e industriales, el campesinado se ha visto condenado a acudir al mercado para obtener productos que satisfagan necesidades, nuevas o antiguas, a las que su propia producción ya no responde.

Esta dependencia del mercado puede considerarse como un rasgo *originario* de la forma de producción campesina pues confiere un carácter irreversible a su sometimiento a las desventajas sistemáticas que pesan sobre sus condiciones productivas.

La presión que sigue afectando a los recursos campesinos, el mejoramiento de las técnicas que desarrolla el capital en la agricultura, el dominio que las empresas mejor dotadas ejercen sobre el mercado, colocan globalmente al campesinado en una situación sumamente desfavorable frente a la competencia capitalista. Pero las distintas opciones que se ofrecen a las unidades domésticas para reproducirse como tales (entre otras, el recurrir a la venta de su fuerza de trabajo) pueden ser aprovechadas de manera muy di-

ferente por las unidades que han logrado un mejor acceso a los medios de producción locales y por las que carecen prácticamente de ellos. La comunidad local, marco de la escasez generalizada de la tierra campesina, puede entonces convertirse en el marco de la diferenciación social entre campesinos.

Sin llegar necesariamente a provocar ese particular proceso social, las prácticas económicas que las unidades campesinas desarrollan —intensificando y diversificando su trabajo— para luchar contra los efectos de la competencia, las conducen a menudo a emprender actividades productivas de bajísima rentabilidad.

Para una empresa capitalista, este comportamiento económico carecería totalmente de sentido, pero debemos recordar ante todo, que las condiciones mismas en las que las unidades campesinas operan y se reproducen se alejan significativamente de las necesarias para asegurar el nivel mínimo de rentabilidad capaz de mantener en operación a las empresas agrícolas de tipo capitalista. Resultaría, pues, tan falaz pretender ver a los campesinos en el personaje de aspirantes a capitalistas a los que sólo faltan las condiciones para serlo, como es absurdo —y de hecho ya ampliamente descartado— considerarlos como empresarios ineficientes.

Además, las unidades productoras campesinas no son simplemente empresas sino también grupos familiares, y la conjugación en una sola entidad de estos dos principios de agrupación y de funcionamiento les confieren características, necesidades y posibilidades intrínsecas. En particular, les toca la responsabilidad de organizar en su totalidad el ciclo de la reproducción de sus miembros, a diferencia de la empresa capitalista y de la familia obrera que aseguran cada una por separado el aspecto de la reproducción de la fuerza de trabajo que les corresponde.

Así, mientras la empresa asume exclusivamente la reproducción económica de la fuerza de trabajo empleada con la entrega del salario correspondiente, la familia del obrero se hace cargo de la transformación de este salario en medios de vida vía adquisición de los últimos en el mercado, y les añade una serie de productos y de servicios que son imprescindibles pero no tienen equivalente monetario, lo que explica (sin justificar) que sólo se reconozca por lo general la función de administradora del gasto que tiene esta familia y no la de productora.

En el caso de la unidad doméstica campesina en cambio, la reproducción biológica, social y económica de la fuerza de trabajo se realiza a través del desempeño combinado de actividades de diversa índole en un solo ámbito, que no admite la oposición entre una esfera doméstica y una esfera económica concebidas como departamentos estancos, y sólo reconoce una validez limitada a la contradicción entre la producción por cuenta propia y el trabajo para otros.

La necesidad y la finalidad que unifican las distintas facetas de la actividad del grupo doméstico campesino son la reproducción de sus condicio-

nes productivas materiales junto con la perpetuación de todos los miembros de la familia, hayan o no participado en la producción. El ciclo del consumo se establece paralelamente al de la producción y ambos, estrechamente imbricados por determinaciones mutuas y por el complejo de capacidades y necesidades presentes o futuras de trabajadores y consumidores, conforman una sola unidad de reproducción cuyo tiempo de referencia es el del reemplazo de una generación por otra.

La doble reproducción, humana y material, que debe asegurar la unidad campesina debido a su naturaleza peculiar y a su situación histórica vuelve inoperantes, en este caso, las categorías usualmente aplicadas a la fuerza de trabajo proletaria. En el mercado de trabajo capitalista, la energía humana sólo se transforma en fuerza de trabajo cuando es susceptible de ser comprada y vendida, es decir cuando sus portadores cumplen con los requisitos biológicos, económicos y legales sancionados por el propio sistema para poder ser ocupados productivamente. De la misma manera, una actividad no es considerada económica si sus productos sólo tienen valor de uso y no valor de cambio. Al hacer depender el carácter productivo de un factor o de una actividad de su posible vinculación al mercado, esta definición lleva a la creación conceptual de una esfera doméstica separada de la esfera productiva, y excluye de la *población económicamente activa* a las mujeres dedicadas a su hogar o a los niños menores de determinada edad.

Pero la situación campesina es otra. Por una parte, la propia familia es la que valúa la capacidad real de cada uno de sus miembros de participar en sus actividades económicas; por la otra, la reproducción de la unidad doméstica se realiza en buena medida fuera del mercado y, en ocasiones, llega a incorporar elementos naturales cuya función productiva no es reconocida por la economía capitalista.¹ Además, puede suceder que las producciones orientadas hacia la venta se lleven a cabo íntegramente en el marco doméstico, y que las que se destinan al autoconsumo se vinculen al mercado por la compra de los insumos necesarios.

Podemos afirmar entonces, que la dicotomización de las actividades económicas en productivas y domésticas, cuando es aplicada a las familias obreras, introduce una diferencia artificial entre las distintas actividades que aseguran su reproducción pero da cuenta de su forma particular de subordinación al capital, mientras que carece totalmente de sentido en el caso de las familias campesinas.

Si tomamos la necesidad de la reproducción global —biológica y económica— de las unidades domésticas campesinas como criterio unificador de los distintos ámbitos en que se desarrollan sus actividades, podemos dis-

¹ Esto puede incluir desde la fuerza de trabajo infantil hasta productos de recolección, y aun productos de desecho. Estrictamente hablando, se trata de una tecnología distinta de la de los procesos capitalistas más que de una inferior, ya que la comparación sólo se establece sobre la base de los elementos valorados por la concepción tecnológica capitalista.

tinguir entre las que producen servicios que, en ese contexto social, son exclusivamente valores de uso, las que producen bienes o servicios que pueden tener valor de cambio, y las que se realizan en base a la transformación de la fuerza de trabajo misma en mercancía.

Las primeras actividades constituyen el ámbito más privado de la reproducción familiar; en éste existe una relación no mediada entre la necesidad a satisfacer y su satisfacción, en las que sólo pueden participar como productores y como consumidores los miembros del grupo doméstico. Los cuidados y atenciones que allí se prodigan recaen por lo general sobre la madre de familia y sus hijas a partir de cierta edad, y pueden concebirse, en el marco de las estrategias de intensificación y diversificación del trabajo que aquí analizamos, como una exigencia de dedicación que merma la posibilidad de la fuerza de trabajo femenina de ocuparse en actividades que pudieran generar algún ingreso. Esta *producción doméstica*, cuyo peso varía principalmente con el número de consumidores y la proporción de niños pequeños, afecta así la disponibilidad de fuerza de trabajo del grupo doméstico; pero por otra parte condiciona, en el presente y para el futuro, la posibilidad misma de su existencia.

Los productos del segundo tipo de actividades se encuentran desvinculados de sus productores por su carácter mercantil potencial. Aunque, de hecho, muchos son consumidos en el seno de la propia unidad de producción, el espacio de su consumo posible se extiende mucho más allá de sus límites, constituyéndose entonces en uno de los vínculos distintivos del trabajo campesino con el mercado. Además, los factores necesarios para su producción —insumos materiales o fuerza de trabajo— no se encuentran siempre o no existen en cantidades suficientes, en el ámbito doméstico. En este caso, la unidad se presentará en el mercado como compradora, pero vale la pena subrayar que su participación con este papel no corresponde necesariamente a las ocasiones en que aparece como vendedora. Ambas modalidades manifiestan, en su carácter parcial y no coincidente, una misma dependencia del mercado que es característica de la economía campesina, pues representa a la vez una de sus condiciones de existencia y una de las principales causas de la precariedad de su reproducción.

Las actividades que los campesinos realizan por su cuenta se enfrentan por lo general a la limitación de recursos disponibles y constituyen el campo privilegiado de la intensificación de su esfuerzo, sea supliendo la escasez de ciertos medios por una cantidad de trabajo mayor, sea multiplicando sus actividades a través de la incorporación de nuevos recursos y de toda la energía familiar posible.

La fuerza de trabajo familiar, capacitada por un aprendizaje lento y prolongado en múltiples tareas, constituye el factor productivo común a todas estas actividades, y de su relativa fluidez entre una y otra depende que se puedan implementar ciertas estrategias de producción. Esta fluidez se ve técnicamente limitada por las diferencias de edad y sexo de los miem-

bro del grupo doméstico, y, en lo que respecta a la fuerza de trabajo femenina e infantil, por la necesidad de proporcionar al grupo una serie de servicios que aseguren su consumo diario. Tales servicios (que incluyen por ejemplo la elaboración de tortillas, preparación de la comida, lavado de ropa, etc.) se distinguen de los que conceptualizamos como producción doméstica, en primer lugar porque se pueden particularizar y exigen un tiempo determinado de dedicación exclusiva; y en segundo lugar, porque la experiencia empírica nos enseña que en muchos pueblos del campo mexicano pueden ser vendidos, lo que introduce una mediación, entre su producción y su consumo.

Pero aun cuando esta última característica coloca a los *servicios personales* entre las actividades susceptibles de generar ingresos, su condición de requisito cotidiano ineludible para la sobrevivencia del grupo doméstico, y sobre todo la estrechez del mercado local, prohíben que se asimilen a las otras actividades que son realmente *alternativas*, o sea mutuamente sustituibles como fuentes de ingreso.

En las actividades por cuenta propia participan, según sus capacidades, todos los miembros de la unidad que no están ocupados plenamente por las tareas que exige la producción doméstica ya sean hombres, adolescentes, niños o ancianos; las mujeres también colaboran en la medida en que la composición familiar les permite compartir con otros su trabajo.

La disponibilidad de medios propios y el acceso libre a ciertos recursos naturales (no apropiados en forma privada) que ofrece el contexto social y ecológico campesino confieren a la energía vital de los niños y de los ancianos un carácter de fuerza de trabajo que no es valuado, en general, por la sociedad industrial. Su incorporación a la fuerza de trabajo familiar introduce en ésta un factor de diferenciación interna que se define y se expresa en torno a la capacidad de asumir la dirección de las actividades productivas principales del grupo doméstico. En los pueblos campesinos mexicanos, esta capacidad sólo es reconocida plenamente a los hombres adultos, que constituyen entonces la fuerza de trabajo *central*, en contraste con las personas de otras edades o sexo, que integran la fuerza de *trabajo marginal*.²

La forma particular en que la unidad familiar genera y transmite conocimientos técnicos juega aquí un papel decisivo para contrarrestar la gran rigidez productiva que podría provocar la disponibilidad de un solo miembro (o dos, o tres) portador de fuerza de trabajo *central*.

En efecto, se somete a los niños a un aprendizaje muy temprano y paulatino, haciéndolos participar activamente sea en tareas sencillas, sea en acciones específicas que contribuyen a la realización de una tarea más compleja. Por ejemplo, el niño que aprende a sembrar es encargado de echar las semillas en los hoyos que va preparando su padre: la descomposición de

² Esta clasificación es tomada de Tepicht, J., *Marxisme et agriculture: Le paysan polonais*, Colin, París, 1973.

la tarea tiende a alargar el tiempo total de trabajo aunque ahorra el del padre, pero sobre todo enseña a su hijo la acción precisa y la cadencia que le habrán de permitir cooperar en el trabajo del conjunto de la unidad, y más tarde asumir solo la responsabilidad de su desempeño productivo.

La estrecha vinculación entre miembros de generaciones diferentes en el proceso mismo de trabajo permite entonces aprovechar la diversidad de los distintos tipos de mano de obra disponibles, y establecer condiciones de *complementariedad y cooperación en múltiples actividades*. El carácter familiar de la unidad doméstica le proporciona así uno de sus principales recursos para contrarrestar la grave limitación que podría representar el hecho de que el tamaño de su fuerza de trabajo es predeterminado, independientemente de las necesidades de trabajo en tal o cual momento.

El alquiler de brazos ajenos a la familia es otro medio, necesariamente más puntual, de paliar esta rigidez, que entraña el establecimiento de relaciones con otras unidades y, generalmente, una entrega previa de producto o de fuerza de trabajo familiar al mercado, para obtener el ingreso monetario necesario.³

Las actividades del tercer tipo, en que se vende directamente fuerza de trabajo simple (o sea, no calificada según los criterios del mercado capitalista), introducen una distinción tajante entre los miembros del grupo que poseen características individuales valoradas local o regionalmente como cualidades productivas susceptibles de compra, y los demás familiares. La mano de obra masculina adulta es la que reúne más comúnmente estos requisitos, pero existen mercados de trabajo regionales que le son cerrados y se abren, al contrario, a la mano de obra femenina o infantil, temporal o permanente.

En los pueblos que estudiamos aquí, la fuerza de trabajo *transferible*, que puede encontrar comprador en mercados de trabajo cercanos, coincide siempre con la fuerza de trabajo *central*.

El hecho de que la fuerza de trabajo *no transferible* quede excluida de las actividades asalariadas constituye otro factor limitante de la fluidez de la mano de obra familiar entre una actividad y otra. Pero puede ser compensado por la capacidad que tiene esta misma fuerza de trabajo no transferible de sustituir parcialmente, en las actividades por cuenta propia, a la que sale a venderse.

La fuerte interrelación de todas las actividades, ligadas o no al mercado, que realiza la unidad doméstica campesina, y su dependencia común del factor productivo fundamental que constituye la fuerza de trabajo familiar, son elementos que, nos parece, acreditan la validez metodológica de

³ Las implicaciones de la compra de fuerza de trabajo ajena se han desarrollado con detalle en un artículo anterior. Véase Martínez Marielle P. L. y Rendón Teresa. "Fuerza de trabajo y reproducción campesina", *Comercio Exterior*, vol. 28, no. 6, junio, México, 1978, pp. 663-674.

enmarcar en el análisis de la *actividad productiva total* de la unidad la diversidad de usos de la fuerza de trabajo familiar, cuya oposición no es sino aparente.

Nos encontramos así en condiciones de recuperar uno de los hallazgos más importantes de Chayanov, el de la unificación de las distintas actividades económicas del grupo doméstico, aunque nuestro razonamiento se funda más directamente sobre la *ubicuidad* y las capacidades múltiples de la fuerza de trabajo familiar, mientras él enfatiza sobre todo la función indiferenciada de proveedoras de ingresos que cumplen las actividades familiares.⁴

De hecho, ambos elementos están necesariamente implicados en la noción de reproducción campesina, siendo la doble función de organizadora de la producción y del consumo la que caracteriza a la unidad doméstica.

La reproducción campesina articula también tiempos distintos, desde la reposición diaria de las energías gastadas hasta el ciclo agrícola anual, desde el lapso de vida de los individuos hasta el ciclo de desarrollo biológico-social de las propias unidades familiares.

De todos estos tiempos, hemos privilegiado en nuestro análisis el ciclo anual: éste, presenta grandes ventajas para estudiar la organización de la producción, pero se adecúa mal a la captación y al examen de los fenómenos ligados al consumo, que son mucho más complejos y aparecen con periodicidades muy variadas.

Además, las dimensiones económicas y culturales del consumo se conjugan en sus dos vertientes de reproducción de la fuerza de trabajo familiar y de renovación de las condiciones materiales de la producción, lo que dificulta la obtención de información empírica, y obliga, por ejemplo, a sumar las expresiones monetarias de fenómenos tan distintos como son el gasto diario en alimentos y las sumas destinadas a fiestas o a otras formas de reafirmar la solidaridad comunal y el status social de la unidad doméstica.

Hemos introducido la referencia al largo plazo en nuestro estudio al considerar a las unidades domésticas bajo el ángulo de su *edad*, o sea de la etapa que atraviesan en su ciclo de desarrollo como unidades. Esta periodización de la vida familiar ha sido desarrollada, en particular, por Chayanov, por Meyer-Fortes y Goody, y por Meillassoux,⁵ y ha demostrado ser muy útil para entender tanto la organización de la producción como la administración del gasto familiar.⁶

⁴ Véase Chayanov, A.V., *La organización económica de la unidad doméstica campesina*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.

⁵ Chayanov, *op. cit.* Goody Jack. *The developmental cycle of domestic groups*, Anthropological serie of Cambridge papers, Cambridge, University Press, England (c1958), 1971. Introducción por Meyer-Fortes. Meillassoux Claude, *Mujeres, graneros y capitales*, Siglo XXI, México, 1978.

⁶ Véase Martínez, Marielle P. L. *Reproducción doméstica y dinámica social. Una comunidad campesina indígena: San Pedro Jicayán, Oaxaca*. El Colegio de México, México (en imprenta), caps. V y VI.

La interdependencia de las funciones productivas y consumidoras de la unidad doméstica campesina se encuentra plasmada en la categoría analítica de *estrategia de reproducción*, que articula los objetivos de la unidad con las *vías alternativas* que ésta puede desarrollar hacia ese fin.

Con la aplicación de esta categoría al análisis de las situaciones y comportamientos económicos de las unidades campesinas, se busca tanto delinear las relaciones que unen y oponen a éstas entre sí a través de su determinación —común pero diferenciada— por las condiciones locales, como precisar las modalidades que adopta su subordinación al capital.

En efecto, las opciones que les son abiertas en el marco de la comunidad local requieren para su desarrollo que las unidades gocen de condiciones o cualidades específicas. Encontramos que las distintas conjugaciones posibles de dos factores: el tipo de estructura familiar de las unidades y la magnitud de su acceso a los medios de producción locales, pueden dar cuenta de manera bastante satisfactoria de las estrategias productivas que implementan y de sus resultados económicos.

La categoría de *estrategia de reproducción* remite entonces a la relación entre producción y consumo con el sentido específico que cobra en el contexto campesino y a la vez articula los distintos niveles de determinación que inciden sobre el comportamiento productivo y reproductivo de las unidades:

—que determinadas *opciones* estén abiertas o cerradas depende de cómo las características particulares de la comunidad, definidas en términos geográficos, económicos, culturales, políticos, etc., median entre las unidades domésticas y las exigencias que el sistema capitalista impone al campesinado en su conjunto;

—y por su lado, la ubicación de las unidades en el sistema local de relaciones socioeconómicas tal como lo revela su acceso relativo a los medios de producción y la estructura familiar con sus implicaciones para la capacidad productiva y la carga de consumo de las unidades, constituyen los elementos principales de la *situación* individual de cada unidad, que le permite desarrollar tal o cual opción.

Se pretende de esta manera reconocer el verdadero alcance teórico de la unidad doméstica campesina al considerarla inserta en el conjunto complejo de sus relaciones con sus homólogas y con el capital.

La función mediadora que establece la relación interunidades a través de la disponibilidad de determinados recursos, confiriendo su significado social a las características biológicas de la familia, y favoreciendo vinculaciones individuales o colectivas con tal tipo de capital y de mercado, se realiza dentro del espacio social de la localidad.

El espacio local toma cuerpo a partir del reconocimiento por la sociedad global de los derechos de determinada población sobre una porción de territorio y sus recursos naturales. Tratándose de campesinos, es regla común que estos medios sean globalmente limitados, lo que enmarca en una

situación de escasez las formas específicas de acceso (individualizado o comunitario) y de distribución interna que implementa la comunidad.

Por lo general, son las fuerzas del mercado las que asignan a los recursos su valor económico, aunque las comunidades locales suelen reconocer la utilidad de ciertos elementos naturales ignorados o despreciados por el sistema económico dominante. Al carecer de valor mercantil, tales elementos pueden ser apropiados libremente por la población campesina y afectar en alguna medida los patrones de estructuras productivas domésticas que el acceso regulado a los medios condiciona.

Las condiciones particulares de la economía local, así como el tipo de mercado en el que ésta se inserta, favorecen ciertas combinaciones específicas de actividades, modos privilegiados de utilización de los productos, el establecimiento de relaciones de intercambio de particular contenido entre las unidades domésticas, etc.

Es importante distinguir analíticamente entre los comportamientos o mecanismos a través de los cuales las unidades campesinas aseguran en forma directa su reproducción económica, y aquellos que las vinculan al mercado.

Se identifica generalmente la reproducción directa con el autoconsumo en el seno de las unidades domésticas, aplicando a este aspecto particular la concepción restrictiva de la unidad autocontenida, enfrentada a un mundo *exterior*. Es congruente con esta idea la apreciación del vínculo con el mercado como la causa en sí de los males que padece la unidad, y podría lógicamente ser completada por la afirmación de que la unidad no tendría ninguna dificultad en asegurar su reproducción si pudiera funcionar de manera autónoma.

Esta visión irrealista de la unidad campesina desconoce la complejidad de su situación frente al mercado capitalista. El hecho de que su dependencia sea producto del desarrollo del capitalismo no autoriza a que se haga abstracción de ella por supuestas razones analíticas, pues la unidad campesina misma es una realidad histórica, como lo son su relación con los medios de producción o la manera en que usa los lazos familiares para organizar su actividad económica.

Por otra parte, hay quienes conciben al autoconsumo como un indicador de atraso y pobreza y suponen que la venta de productos implica la generación de un excedente; por lo tanto, la situación económica de cada unidad doméstica está en relación directa con el volumen y valor de la producción vendida. Tal visión también distorsiona la realidad.

La unidad depende, pues, de su relación con el mercado como una de sus condiciones de existencia, lo que no significa que esta relación sea necesariamente favorable a su buen desempeño económico o a la obtención de precios remuneradores para su trabajo.

Al contrario, este vínculo es, por excelencia, el canal de succión del producto de su trabajo, intercambiado por otras mercancías a tasas desven-

tajosas. En ese momento, se cristalizan de manera visible las múltiples presiones que el sistema capitalista de competencia ejerce sobre sus recursos, sobre su trabajo, sobre su consumo, asegurando e incrementando así la relación de dominio en que la clase capitalista mantiene al campesinado.

Desde luego, en el marco de esta relación estructural entre dos fuerzas sociales desiguales, las transacciones mercantiles en las que participa el campesino le ofrecen también beneficios concretos específicos, por ejemplo cuando adquiere insumos que le permitirán mejorar su cosecha, cuando compra bienes de consumo cuya elaboración casera hubiera implicado distraer esfuerzos que podían ser aprovechados mejor en otra actividad, cuando satisface alguna necesidad gracias a la compra de un producto industrial que no tiene equivalente en la producción artesanal o cuando encuentra en el acaparador local el cliente dispuesto a adquirir la mercancía que él necesita vender.

Sin embargo, las condiciones en que se realizan estas operaciones de compra y de venta implican generalmente precios desventajosos, prácticas comerciales discriminatorias para el campesino, la imposición de normas de calidad y de presentación de los productos ofrecidos, etc.

Las unidades campesinas no poseen la capacidad de influir en forma apreciable sobre las condiciones en que se llevan a cabo esas operaciones comerciales, pero pueden sustraerse a aquéllas para las cuales encuentran una contraparte campesina. Se genera así una esfera de intercambio limitada a las mercancías que pueden ofrecer las unidades domésticas, en la que rigen normalmente precios derivados de los del mercado más cercano, pero cuyas pautas de funcionamiento se adecúan mejor a las necesidades inmediatas de las unidades: las cantidades vendidas y compradas son usualmente pequeñas, a la medida de lo que se puede necesitar para complementar el aprovisionamiento familiar de un día o una semana (a la medida, también, de la pequeña producción cuya venta saca, en lo inmediato, de apuros); las transacciones se realizan a la puerta de la casa o en la cercanía, entre personas del mismo status social, que se conocen y mantienen además otras relaciones.

Se trata de un intercambio de valores de uso que involucra bienes que, por lo general, las propias familias compradoras producen, y que tiende, ante todo, a hacer corresponder lo más cercanamente posible en cada unidad doméstica, compradora o vendedora, las cantidades disponibles de un producto con las cantidades necesarias.

La misma norma general se puede aplicar en el caso de la compra y venta de fuerza de trabajo entre campesinos, en la medida en que intenta equilibrar los requerimientos de trabajo de los distintos predios y las capacidades familiares.⁷

⁷ Este tema se encuentra desarrollado en nuestro artículo "Fuerza de trabajo y reproducción campesina", *op. cit.*, y en el libro de Martínez Marielle P.L.: *Reproduc-*

La adquisición de recursos o de bienes de consumo a los cuales las unidades domésticas compradoras pueden aplicar el mismo manejo que a los propios les permite, en cierto sentido, ampliar artificialmente su base de reproducción directa y mejorar así sus condiciones de negociación en aquellos tratos que sólo pueden celebrar bajo el dominio inmediato del capital.

El autoconsumo individual, el intercambio entre unidades campesinas y la compra-venta en el mercado constituyen tres ámbitos igualmente indispensables para la reproducción campesina a la que aportan elementos distintos, y se encuentran además estrechamente interrelacionados, aunque la preponderancia dada localmente a tal o cual forma de satisfacción de las necesidades del consumo productivo y familiar implica diferencias en los niveles de autoapropiación del producto generado: éstas pueden repercutir sobre la amplitud de la desvalorización que los productos campesinos sufren al presentarse en el mercado, y afectar en sentido inverso el nivel de bienestar de los campesinos y las tasas de acumulación del capital comercial regional.

Más allá del papel inmediato que juegan en la reproducción de las unidades domésticas locales y del conjunto de sus relaciones, los mecanismos de autoabastecimiento (que incluyen el autoconsumo individual y el intercambio entre unidades) contribuyen de manera indirecta y paradójica al proceso de valorización del capital, vía el abaratamiento de la fuerza de trabajo y de los productos campesinos que se venden en el mercado capitalista.

En efecto, la posibilidad de autoconsumir o intercambiar entre campesinos ciertos productos y servicios amplía la gama de actividades en que se pueden ocupar las energías familiares marginales, y libera una mayor fuerza de trabajo *transferible*. Además, el sustituir productos-mercancías *caros* por productos-valores de uso *baratos*, que sólo *cuestan* el equivalente del tiempo de trabajo involucrado, ayuda a compensar niveles de consumo deprimidos y a evitar que se deteriore excesivamente la capacidad productiva de las familias. El recurso a estos mecanismos incrementa la viabilidad de las unidades en condiciones desventajosas, a la vez que permite al capital aprovechar una oferta relativamente constante de productos campesinos vendidos a precios que no cubrirían su costo si todos los insumos que entraron en su producción fueran realmente computados a precios normales.

Los efectos destructivos que podrían causar en las unidades campesinas sus deficientes condiciones productivas, se ven así aminorados en alguna medida por las respuestas organizativas que las propias familias y la sociedad campesina les ofrecen.

Al estrechar las relaciones de interdependencia entre las unidades domésticas o fomentar la integración individual de cada una de ellas en el

mercado, la comunidad favorece pautas de reproducción que pueden afectar los procesos locales de homogeneización o diferenciación social. Esta culminación de las estrategias de reproducción que las unidades implementan podría concebirse como el lugar de la conjugación de las dinámicas familiares y comunal y como la expresión de su mutua determinación.